

## Diluvios andinos a través de las fuentes documentales

FONDO EDITORIAL DE LA PUCP, LIMA, 2001, 392 PP.

Lorenzo Huertas ha escrito un libro interesante para la reflexión y el análisis de una problemática antigua y contemporánea, lluvias y sequías en Piura, una sucesión de alteraciones climáticas que acompañan el proceso sociohistórico de la construcción de los pueblos en la región norte del Perú. En efecto, *Diluvios andinos a través de las fuentes documentales* (2001), no trata sólo de las alteraciones climáticas sino también de los procesos sociales, estructuras, instituciones y el accionar y la construcción de sus memorias colectivas e identidades de larga duración histórica entre los siglos XVI y XX.<sup>1</sup>

Definir hoy lo que es un espacio rural, o el mundo rural, es tan difícil como definir lo que es una ciudad, ya que hay en él funciones hasta hace no mucho tiempo plenamente urbanas. De todas formas, podemos enumerar algunas características que definen los espacios rurales: baja densidad de población, la presencia dominante de ríos y jaguayes, las actividades extractivas para la artesanía textil, en cueros, jabones y cordobanes, las instalaciones de haciendas y comunidades indígenas orientadas hacia el mercado y, sobre todo, la presencia ineludible de actividades agropecuarias.

En muchas ocasiones es la estructura de la propiedad de la tierra y la estructura

agraria, lo que define los paisajes rurales. La propiedad puede ser colectiva y de aprovechamiento común; hay un paisaje agrario dominante con pueblos, comunidades indígenas y cabildos de indios con bienes propios, comunes, trabajo colectivo y a partir, etc., pero también puede haber gran propiedad y pequeña propiedad. Pero, una cosa es el tamaño de la propiedad y otra el de las explotaciones. Una explotación es la unidad técnico-económica de la que se obtiene los productos agrarios. Estas explotaciones, según las técnicas de aprovechamiento, pueden ser un latifundio, si son grandes; o un minifundio, si son pequeñas.

La combinación de tierras fértiles con un régimen de lluvias favorable a la agricultura, con corrientes de agua permanentes o con depósitos lacustres superficiales y extensos, fue un ideal constantemente perseguido por los pueblos agricultores que habitaron entre los valles de Chira y el Piura. Los Tallanes fueron la expresión simbólica de una de las altas civilizaciones yungas que emergieron y se asentaron entre los desiertos de Sechura y Paita, entre los ríos Lengash y Zuricarami. Abarcando las orillas del Océano Pacífico y las nacientes andinas de Frías y Ayabaca, desde donde serpenteando bajan varios grandes

1 Lorenzo Huertas Vallejo, *Diluvios andinos a través de las fuentes documentales*. Fondo Editorial de la PUCP, Lima, 2001. 378 pp.

rios, se formaron extensas unidades territoriales que se inundaban anualmente explotando antiguos canales de riego o los cauces naturales que organizaba la fuerza del río Piura sobre las tierras bajas depositándose limos fértiles que permitían brotar las espigas del maíz y de los frijoles. Cuando Pizarro llegó a estos valles (1532), los Tallanes estaban sometidos a los Incas. Estos últimos estaban asentados en la ciudad-fortaleza de Poechos. Desde este punto administraban y controlaban la distribución del agua en los dos valles: el Chira y el Piura. En el primero abundaba el agua, y en el segundo se la derivaba mediante canales que permitían la interconexión de ambos valles, ya que en el Piura sólo se registraba agua de riego para la parte baja sólo durante cuatro meses del año.

En Piura se vive desde miles de años atrás un circuito o ciclo permanente de alteraciones climáticas que han condicionado el tipo de economía, sociedad y organización política de los pueblos yungas. Comparativamente, en el valle de Chira se registran abundantes precipitaciones pluviales y las más pródigas cosechas; de igual forma, también se presentan irrupciones frecuentes de grandes avenidas de aguas y perturbaciones climáticas que exigen gigantescos esfuerzos para contener, almacenar y distribuir el agua. En efecto, no fue casual que los grupos étnicos hegemónicos se ubicaran en este valle: los incas en la parte alta, llamada Poechos, y los marcavelicas en la parte media (en el lugar actual donde se encuentra la ciudad de Sullana, sede territorial del linaje de la Chira-Marcavelica, luego llamado La Punta hasta las primeras décadas del siglo XIX, y sede posterior de la ciudad de Sullana). Al final del valle, y prácticamente en la desembocadura, se encontraba Colán-Pariñas, pueblos de pescadores y de una agricultura estacional. De igual forma, el

otro valle se encontraba dividido de la siguiente forma: en la parte alta, en el sitio de Pabur estaban asentados los Incas (hoy territorio de Morropón-Chulucanas). Desde este punto hasta el sitio de La Muñuela (hoy La Unión) estaban asentados los Tallanes. Transcurrido medio siglo, terminada la guerra entre España y los Incas, y refundada la ciudad de San Miguel de Piura en 1588, el paisaje rural está conformado por varias comunidades y pueblos indígenas. Esta vez se formaliza la ciudad de los españoles. San Miguel de Piura, sobre un territorio indígena; se le impone el nombre de un tambo antiguo, probablemente de origen inca: Catacaos. Los Tallanes desaparecerán como antigua unidad étnica que unificaba a las parcialidades. Los evangelizadores buscan erradicar toda clase de recuerdos idolátricos y de los antiguos gentiles. Desde este momento histórico y en adelante se denominará el «valle de San Juan Bautista de Catacaos», aquí se conformará una comunidad indígena que asociará núcleos familiares nativos y foráneos, persistirá en la memoria la obra caritativa de un activo miembro de la Santa Inquisición simbolizado en la plaza central con un monumento al bachiller don Juan de Mori.

La ciudad de Piura se ubica casi en el medio del valle y en una parte alta, los descendientes tallanes serán obligados a reubicarse prácticamente en una hondonada. La prueba de este desplazamiento estratégico es la existencia de un canal de riego llamado «El Tacalá» que permitía a las poblaciones tallanes distribuir el agua hacia los desiertos de la margen izquierda y desembocar sus caudales de agua en dos lagunas llamados posteriormente San Ramón y Ñapica. Los pueblos indígenas serán obligados a asentarse en estas tierras desérticas disputándole las fronteras del tablazo de Paita y el cauce del río «Loco».

El asentamiento de estas poblaciones indígenas en áreas con recursos acuíferos no los libró de los aguaceros y de las tormentas eléctricas provenientes de la Amazonía acompañados de vientos huracanados sobre las poblaciones urbanas y los desbordamientos impetuosos de los ríos que devastaban los cultivos ganados al desierto, o de las sequías y heladas cuyo fuego convertía en yermo los campos. Antes de los incas, los pueblos tallanes crearon nuevas formas de organización de la tierra y del trabajo humano que les garantizaban un control eficiente de la superficie cultivable y de la fuerza de trabajo. Los imprevisibles cambios climáticos y la dependencia crítica de la agricultura del arribo regular y suficiente de lluvias convirtió al recurso agua en el máximo dispensador de la vida, en el factor esencial de la estabilidad social y de la supervivencia de la población yunga. Los Catacaos aceptaron el desafío de la naturaleza y buscaron ensayar una variedad de estrategias para imponerse en el tiempo y espacio.

Frente a los ciclos de abundancia de aguas se encuentra otra variable climática contraria y de naturaleza casi mortal: la sequía, una temible serpiente cuya lengua de fuego calcinaba los campos y provocaba la muerte masiva de sus habitantes por causa del hambre y epidemias. La sequía afectaba al cultivo del maíz en dos momentos críticos: en la época de siembras (marzo-abril), en que era indispensable la humedad para que la semilla germinara, y en el período de gestación de la mazorca (junio-septiembre), que exigía lluvias regulares y abundantes. Si la falta de lluvias ocurría durante los meses de la siembra la planta se exponía a la contingencia de las

heladas tempranas. Y si las Lluvias no llegaban en el momento de la maduración de la espiga, era seguro que se perdiera gran parte de la cosecha esperada. Las peores catástrofes agrícolas serán ocasionadas por los ciclos prolongados de sequía y la conjunción de sequías y heladas. Es probable que al presentarse esta disturbación climática y desaparecer la tierra que proporciona el sustento alimenticio y agotarse los graneros familiares y estatales, el hambre hacia presa de la población y la comprimía hasta su mínima expresión. Durante el tiempo de sequías muy severas, grandes contingentes de población desertaban de sus lugares de origen en busca de alimentos hacia otros valles, en general se deslocaban todas las actividades, y el pavor y las enfermedades se multiplicaban y los hombres morían por millares. ¿Provocarían estas catástrofes terribles maldiciones o profecías entre los yungas? La lectura animada del libro de Lorenzo Huertas ofrece una variedad de respuestas a estas preguntas. La primera parte es una síntesis sobre el debate del impacto del FEN, una revisión documental de las cronologías, de las tipologías, de las características del FEN, de los lapsos críticos. En verdad es una obra desafiante, pues incluye no sólo lluvias y sequías sino que también intenta comparar los paralelos con los movimientos sísmicos y las explosiones volcánicas, eclipses y la observación de los cometas y su significado en la mentalidad y la reflexión académica de la época. Un excelente libro con ideas brillantes y una desafiante compilación de documentos que esperan la respuesta de las actuales generaciones de historiadores e historiógrafos y trabajadores de las Ciencias Sociales del siglo XXI.

CÉSAR ESPINOZA CLAUDIO  
cespinozac@unmsm.edu.pe